



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat

Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autor	P. Dario Mollà, jesuïta Teòleg, especialista en espiritualitat ignasiana	43
Títol	Espiritualitat en l'acció social als barris obrers i ambients populars. "Se conmovió por ellos..." (Mt. 9,36). Inspirados/as por el Espíritu de Jesús: Propuestas de acción a una vida religiosa afectada por la crisis.	
Data	14 de desembre de 2013, amb motiu de les XX Jornada de Religioses/os en Barris Obrers i Populars.	
Font	Delegació diocesana de pastoral obrera – Barcelona.	
Publicat	27 de febrer de 2014	

XX JORNADA DE RELIGIOSES/OS EN BARRIS OBRERS I POPULARS

PROGRAMA

- 09:30h Acolliment
- 10:00h Benvinguda i presentació
Pregaria
- 10:15h Ponència
- 11:00h Aclariments
- 11:30h Descans
- 12:00h Treball personal
- 12:30h Treball en grups
- 14:00h Dinar
- 15:30h Posada en comú i diàleg
- 17:00h Eucaristia
Comiat

ESPIRITUALITAT EN L'ACCIÓ SOCIAL ALS BARRIS OBRERS I AMBIENTS POPULARS

Dario Mollà, jesuïta teòleg,
especialista en espiritualitat ignasiana

Dissabte 14 de desembre de 2013
Seminari Conciliar de Barcelona
c. Diputació, 231

ORGANITZEN

 Secretariat Interdiocesà
de Delegacions
de Pastoral Obrera
de Catalunya



XX JORNADA DE RELIGIOSES/OS EN BARRIS OBRERS I POPULARS ESPIRITUALITAT EN L'ACCIÓ SOCIAL ALS BARRIS OBRERS I AMBIENTS POPULARS

Dario Mollà, jesuïta teòleg, especialista en espiritualitat ignasiana

Introducció

- Contexto y proceso de esta reflexión
- Espiritualidad como propuestas de acción
- Lo “interior” y lo “exterior” en la espiritualidad

1. La acción de gracias

- ¡Nos encontramos en el sitio adecuado!
- Los signos de esperanza en la vida de los pobres
- Los hermanos/as que nos acompañan

2. Cara a la gente: acompañamiento

- cercanía y respeto: “la caricia consiste en no apresar nada” (Levinas)
- descubrir al Dios que nos sigue llamando a lo “nuevo”
- seguir aprendiendo

3. Cara a nuestras instituciones: promover discernimiento

- ¿Dónde debemos estar? ¿Qué podemos hacer? ¿Qué estamos dispuestos a hacer?
- De los efectos a las causas
- Nuestros criterios de gestión y nuestros comportamientos de vida

4. Cara al poder: denuncia

- “Si la Iglesia cede... ¿quién dirá la verdad a Pilatos, a Anás o a Herodes” (Casaldàliga)
- Los “noes” de Jesús...
- Perversiones del lenguaje y mentiras

5. Cara a la sociedad: promover participación

- Crisis moral y de valores
- La “delegación” de pensamiento y de responsabilidades
- Lo político y lo público: plataformas y movimientos de participación ciudadana

“Dios se ha ocupado de su pueblo...” (Lucas 7, 16)

- la esperanza que recibimos y la esperanza que suscitamos
- “la esperanza cristiana es, a un tiempo, promesa, quehacer y espera” (JM^a Vigil)
- Compañeros y compañeras en la esperanza



“Se conmovió por ellos...” (Mateo 9, 36)
Inspirados/as por el Espíritu de Jesús:
Propuestas de acción a una vida religiosa afectada por la crisis

Introducción

Siempre es importante situar un texto en su contexto. Y en el caso de este texto, su contexto es un proceso. Un proceso que, como se escribe en la presentación de este Encuentro, ha tenido ya dos momentos previos que, siguiendo el esquema clásico de la revisión de vida, han sido el “ver” en el año 2011 y el “juzgar” en el año 2012. Corresponde, pues, este año hablar del “actuar”.

Por desgracia, a lo largo de estos tres años no han cambiado las circunstancias de la vida de los más pobres. O, mejor dicho, han cambiado a peor, como indican los estudios más solventes. Hablo de esas circunstancias que englobamos bajo el nombre genérico de crisis, un nombre un tanto abstracto, pero que conlleva, y esto sí que es concreto, el sufrimiento, los sufrimientos, de mucha gente con la que convivimos y que, por tanto, conocemos bien.

Seguimos hablando, pues, dos años después, de crisis. Y seguimos hablando también de vida religiosa. Hay un matiz importante en el título de la ponencia que voy a compartir con vosotros/as: hablo de vida religiosa “afectada” por la crisis. No sólo “en tiempo de crisis”, o “en medio de la crisis”, sino afectada, tocada, conmovida, golpeada en el estómago y en el corazón por la crisis... Como conmovido quedó Jesús por el sufrimiento de la gente, con esa misma conmoción. Yo desearía que al hablar de vida religiosa conmovida por la crisis hablara de toda la vida religiosa; debiera ser así, pero no sé si siempre es así...

Puede llamar la atención, según que idea o concepción se tenga de la espiritualidad, que precisamente el año que toca hablar de acción, del actuar, se acuda a la espiritualidad. A quien piense que la espiritualidad habla sólo de procesos interiores le resultará inadecuada esta asociación. Pero la espiritualidad no son procesos interiores que se curvan o se resuelven en sí mismos. No hay espiritualidad verdaderamente cristiana si no acaba en hechos de compromiso con los más pobres. Podría citar muchísimos textos en este sentido, pero me limitaré a citar, como botón de muestra, unas líneas de la reciente exhortación “La alegría del evangelio” del Papa Francisco:

“... Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad” (262)

Es evidente que la profundidad de la vida interior marca y condiciona la verdad evangélica del compromiso con los pobres. Pero también es cierto que la verdad de ese compromiso es criterio de verificación de la autenticidad cristiana de una vida interior.

En consecuencia, mi ponencia de hoy podría insistir en cualquiera de los dos momentos de un auténtico proceso espiritual cristiano: el momento del trabajo interior y el momento de la acción exterior. Sin minusvalorar en absoluto la importancia del trabajo interior, entiendo que lo que se me ha pedido es, sobre todo, lo segundo: ¿qué propuestas de acción pueden surgir de una espiritualidad que mira los sufrimientos de nuestro mundo actual y circundante con la compasión de Jesús? Propuestas que nacen de contemplar los sufrimientos del mundo con los ojos de Jesús, porque eso precisamente es contemplar.

1. La acción de gracias: junto a los pobres, estamos en el lugar adecuado

Uno de los pasajes evangélicos en los que Jesús explicita más abierta y efusivamente su acción de gracias al Padre es aquel del evangelio de Mateo en el que exclama *“Te alabo, Padre, porque ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla”* (Mt 11, 25). Pasaje que viene precedido la manifestación de su decepción por las actitudes de las ciudades de Galilea donde ha ejercido buena parte de su misión: Corozáin, Betsaida, Cafarnaún.

Pienso que una de las cosas por las que hemos de dar muchas gracias a Dios, es por habernos concedido el don de vivir esta situación de crisis junto a quienes la sufren. ¡Estamos, si es así, en el lugar adecuado! En el lugar adecuado para los seguidores de Jesús y en el lugar adecuado para la vida religiosa.

Al igual que Jesús, en este lugar vital podemos entender y captar junto a los pobres muchas cosas que desde otro lugar difícilmente conoceríamos o entenderíamos. Porque hay mucho de Dios mismo que El sólo da a conocer a los pobres y que nosotros sólo podemos captar si convivimos con ellos. El Dios que llama bienaventurados a los pobres, el Dios que da prioridad a las ovejas perdidas, el Dios que paga a los de última hora como a los de primera...: tantas páginas del evangelio que sólo son comprensibles desde la cercanía a los pobres.

Estamos junto a los pobres en el lugar adecuado para conocer lo mejor de la condición humana, y también lo más noble de la misma. Para conocer la infinita capacidad humana de asumir con dignidad el dolor, la capacidad de resistencia y de lucha que nace del corazón y que no necesita ni pastillas ni psiquiatras, la solidaridad de compartir con abundancia la escasez de lo que se tiene. Estamos en el lugar adecuado para ver, como Jesús, a tantas viudas pobres que echan en la cesta de la solidaridad *“cuanto tenía para vivir”* (Lc 21, 4). Y todo eso, oculto tantas veces por la misma lucha por la supervivencia o detrás de prejuicios y estereotipos, sólo se descubre no a primera vista, sino en la convivencia paciente, sostenida y tantas veces dolorosa.

Estamos en el lugar adecuado para ser transformados y convertidos, porque como el mismo Jesús dijo en la parábola, poniéndolo en boca de Abrahán, lo que nos convierte no son *“muertos que resucitan”* (Lc 16, 31) , sino dejar que penetre en nuestra vida el dolor de los que sufren: dejar que su mirada limpie las escamas de nuestros ojos,

ponernos tan cerca que sus palabras estallen en nuestros oídos, soportar que el olor de su pobreza deje herida nuestra sensibilidad, hacer que nuestras manos toquen la aspereza de sus heridas, saborear y gustar el sabor amargo de las lágrimas de la compasión. Eso es lo que nos cambia, lo que cambia nuestra visión sobre el mundo, lo que transforma nuestro autocentramiento en salida y abnegación. Es decir: lo que nos hace, en verdad, seguidores de Jesús, amigos de Jesús, cristianos. Lo expresó de modo conciso San Ignacio en una carta a sus compañeros del colegio de Padua que estaban pasando por una situación de extrema necesidad: *“La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”*. ¿Y cómo llegaremos a la amistad si no convivimos?

Y estamos en el lugar adecuado y es un don de Dios vivir esta situación de crisis en medio y al servicio de quienes la sufren, porque allí tenemos la suerte de conocer a tantos y a tantas, hombres y mujeres, que en silencio, sin propaganda ni campañas televisivas, en el día a día, se entregan, ayudan, hacen aquello que está en su mano con alegría y generosidad y nos reconcilian con el género humano, a pesar de tanta indiferencia, de tanto cinismo y corrupción, de tanto desprecio de los más débiles.

Por tanto, mi primera propuesta es dar gracias, cada día y todos los días. Pedir luz a Dios para descubrir tanto bien sencillo, escondido, auténtico como hay a nuestro alrededor, tanta presencia suya en medio de lo que nos quieren vender o presentar como ausencia, simplemente porque es una presencia humilde o invisible a ojos orgullosos.

2. Cara a las personas con las que convivimos: acompañamiento

Mi segunda propuesta es que vivamos nuestra cercanía a los que sufren, a los empobrecidos, a los golpeados por esta crisis, como “acompañamiento”. Y esta palabra creo que señala tanto un modo de hacer como unas actitudes o un modo de situarse.

Un modo de hacer el del acompañamiento que sabe combinar adecuadamente, y aplicar oportunamente, la cercanía, la implicación, la propuesta o la acción... con el respeto a la otra persona, a sus procesos y a su dolor, a su cultura y a sus modos de resolver las cosas... Me gusta aplicar al acompañamiento la definición que el filósofo lituano y judío Emmanuel Levinas da de la caricia: *“la caricia consiste en no apresar nada”*. La caricia pide cercanía, la caricia es acción, la caricia manifiesta explícitamente el cariño... pero no apresa, no se apodera, no quita al otro la libertad de aceptar o de rechazar.

Todo buen acompañamiento va haciendo al otro cada vez más protagonista, cada vez más consciente de sí mismo y de sus fortalezas, cada vez más autónomo... Todo buen acompañamiento tiende al empoderamiento del otro, a hacerle descubrir cuáles son sus recursos y sus posibilidades para hacer frente a las dificultades de la vida, y a hacerle cada vez menos dependiente y más libre.

Hablar de acompañamiento también nos sitúa adecuadamente a nosotros. Y nos libera de pretensiones absurdas y grandilocuentes que, si no estamos atentos, nos aparecen y nos hacen daño a nosotros mismos y a los demás. En efecto: no somos salvadores ni redentores, no tenemos en nuestra mano la solución de los problemas (ni de los grandes ni de los pequeños), no somos magos o prestidigitadores de la caridad. Nada de eso. Y mal si vamos por ahí. Somos simplemente personas débiles que, desde nuestra debilidad y nuestra limitación, queremos acompañar y ayudar a otros.

Me vais a permitir que os cite un párrafo de la Encíclica “Dios es Amor” de Benedicto XVI que me impresionó mucho cuando lo leí por vez primera, que me sigue impresionando cada vez que lo leo, y que creo que tendríamos que grabar en nuestro corazón:

“A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo – algo siempre necesario – en primera persona. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que El nos dé fuerzas” (35).

Decía antes que si vamos de salvadores o redentores, malo. Malo para nosotros porque nos va a conducir a la sensación de impotencia, y a más corto o más largo plazo esa sensación nos quemará y hará que carguemos las culpas de nuestra quemazón o de nuestro fracaso sobre las personas a las que pretendíamos ayudar. Y malo para los demás, porque quienes van de salvadores o redentores acaban siendo unos autoritarios y unos déspotas. Me parece que la historia, pasada y presente, está llena de ejemplos de ello...

Por el contrario, en el auténtico acompañamiento nos sentimos siempre en búsqueda y en aprendizaje. Siempre necesitados de la luz de Dios y de la acogida de las personas que acompañamos. Y también enriquecidos cada día con lo que los acompañados y Dios mismo nos van enseñando y regalando.

3. Cara a nuestras instituciones: promover discernimiento

Quiero comenzar esta propuesta explicitando unos previos desde los que se hace, para evitar malas interpretaciones y juicios precipitados.

Se hace, en primer lugar, desde un profundo sentimiento de pertenencia y comunión. Vivimos donde vivimos, hacemos lo que hacemos, decimos lo que decimos desde sentirnos miembros de la Iglesia y de las instituciones a las que pertenecemos y que encarnan los diversos carismas que concretan el seguimiento del único Señor Jesús. Y muy posiblemente nada de todo ello sería posible, o no estaríamos donde estamos, si nuestra vida no hubiera sido marcada por ese carisma.

La actitud de fondo que motiva esta propuesta es, pues, una actitud de profunda lealtad y de deseo de que nuestras instituciones, como tales, crezcan en fidelidad al Señor. No nace en absoluto, desde creernos superiores o mejores que nadie, ni menos aún jueces de los demás. Actitud de lealtad y también de comprensión con la complejidad de los procesos institucionales y de misericordia con los límites personales.

Pedir discernimiento a nuestras instituciones, pide la honestidad de practicar nosotros nuestro discernimiento cotidiano, porque también nosotros somos pecadores y susceptibles de las diversas formas de engaño que, muchas veces de modo sutil, nos apartan del Señor y de sus pobres. Necesitamos discernimiento para sopesar si aquello que estamos haciendo es lo que en verdad necesitan las personas a las que queremos ayudar, y necesitamos discernimiento para evaluar la limpieza de intención y de acción en nuestro servicio a los pobres.

Dicho todo esto, me parece que tenemos también el deber de trasladar y plantear a nuestras instituciones una serie de cuestiones y preguntas que sobre nuestros planteamientos teóricos y nuestros modos de vida nos hace la realidad de los que sufren más directamente y más duramente las consecuencias de la crisis que estamos pasando. Porque quizá en demasiadas ocasiones la vida religiosa vive muy protegida o muy alejada de esta realidad. No se trata de buena o mala voluntad: por supuesto hay buena voluntad. Pero según dónde personas y comunidades se ubiquen, física y socialmente, puede haber mucha ignorancia y lejanía de la gente que más sufre.

No se trata sólo de acumular datos, cifras o estadísticas que son conocidos o pueden serlo, a través de los medios de comunicación. Se trata de invitar a que nos preguntemos por las causas que producen esos efectos, y por los causantes de esas causas. No se trata de ver el telediario o de leer el periódico (que eso ya se hace, y a veces en exceso...): se trata de pasar de la noticia o del impacto a la reflexión personal y comunitaria. Estas preguntas son a veces preguntas muy incómodas, porque en la respuesta nos encontramos con grupos o personas muy vinculadas a nosotros, muy amigas de siempre...

Y a partir de esa reflexión surgen preguntas necesarias: ¿qué deberíamos hacer? ¿qué nos es posible hacer? ¿qué estamos dispuestos a sacrificar para poderlo hacer? No quiero ser duro o inmisericorde en los juicios y quiero hacerme cargo de las circunstancias de todo tipo de condicionan nuestras vidas, pero sinceramente creo que la mayoría de personas y comunidades vivimos por encima del nivel de vida de la mayoría de nuestros conciudadanos. Muchas veces me he preguntado cómo nos ha afectado la crisis a nuestros modos de vida cotidianos, y me da la impresión de que más bien poco.

Me pregunto también sobre nuestros recursos económicos institucionales y sobre el uso que les damos, así como sobre los criterios de gestión económica y laboral en nuestras instituciones. Me duelen realidades vividas muy de cerca como el que, en ocasiones, mientras nos gastamos millones de euros en rehabilitar edificios nuestros y para nuestro uso personal y apostólico, dejemos caer obras sociales que se podrían salvar con inversiones mucho menores.

¿Es esto que acabo de decir ideología o demagogia? Puede serlo, claro, según desde donde y cómo esté dicho. Pero me vais a permitir volver a citar a San Ignacio en su carta a sus compañeros de Padua que he citado antes:

“Sólo esto diré: que aquellos que aman la pobreza, deben amar el séquito de ella, en cuanto de ellos dependa, como el comer, vestir, dormir mal y el ser despreciado. Si, por el contrario alguno amara la pobreza, mas no quisiera sentir penuria alguna, ni séquito de ella, será un pobre demasiado delicado y sin duda mostraría amar más el título que la posesión de ella, o amarla más de palabra que de corazón”

Si los pobres y sus sufrimientos no se hacen presentes en nuestra oración y en nuestra vida interior, si no ocupan un espacio en nuestras reflexiones y deliberaciones comunitarias, si no inciden en nuestros planteamientos y modos de vida, me parece que estamos dejando fuera de nuestro seguimiento de Jesús muchas páginas del evangelio. Tantas que no sé si seguimos al Jesús del evangelio...

4. Cara al poder: denuncia

Pedro Casaldáliga lo expresa con su lucidez y claridad habituales: *“Si ella, la Iglesia, que es hija de la libertad del Espíritu, vendaval de Pentecostés, cede ante algún imperio tantas veces cedió -¿quién proclamará el misterio de la entera Libertad?, ¿quién le dirá la verdad a Pilatos, a Anás, a Herodes? ¿quién sostendrá la esperanza, tan golpeada, del Pueblo?”*

Es necesario que hablemos alto y claro de los sufrimientos con los que nos encontramos y que denunciemos alto y claro todo aquello que genera ese sufrimiento. Tenemos lenguaje (ese lenguaje que, tantas veces, es una pobreza más de las personas con las que convivimos) y tenemos altavoces que pueden difundir nuestra voz. No tenemos medios de comunicación que están prácticamente todos, si no todos, en manos de los poderosos, pero tenemos suficientes plataformas educativas, pastorales, sociales, como para hacer llegar nuestra voz a mucha gente.

Alguien le tiene que decir las cosas a Anás, a Pilatos, a Herodes... Pilatos es un político que sólo defiende su puesto, a costa de lo que sea; Herodes es un cínico al que sólo importa su bienestar y sus caprichos, pero Anás resulta que es alguien que oficialmente reconoce y sirve a Dios. A todos ellos, figuras también de nuestro tiempo, alguien les tiene que decir las cosas, lo que no puede ser, lo que en nombre de Dios y de la dignidad humana no se puede admitir.

Me gustaría en este punto proponeros una contemplación sobre un pasaje del evangelio de Lucas: Lucas 7. 36-50. Es la escena de la comida de Jesús en casa del fariseo Simón, en la que entra la mujer pecadora. Jesús está de invitado, se supone que tiene que ser educado y correcto con aquel que le ha invitado. Se juega también su fama y su prestigio: sabe que es examinado. Y, sin embargo, cuando la mujer es despreciada Jesús sale en su defensa de un modo absolutamente contundente, ni más ni menos que poniéndola por encima y como ejemplo al anfitrión. ¿Os imagináis como debieron sonar en los oídos de Simón y de los invitados aquellos tres “no” de Jesús: *“tú no me diste agua para lavarme los pies... tú no me diste el beso de saludo... tú no me ungiste la cabeza con perfume”*?

Sinceramente creo que nos falta en ocasiones mucho de la contundencia de esos “no” de Jesús en defensa de los pobres. Nos autocensuramos demasiado, nos pasamos de delicados y prudentes, con quienes no tienen la menor delicadeza ni sensibilidad con las personas que sufren. Ciertamente la desvergüenza de otros no nos autoriza a ser desvergonzados, ni el cinismo de otros nos da carta blanca para ser nosotros hirientes... Pero no sé, pienso que algo más claros, más contundentes y, ¿por qué no decirlo?, más valientes podríamos ser en muchas ocasiones.

Una de las tareas de denuncia que me parecen más necesarias en estos momentos es el desmontar todos esos juegos de palabras con los que se enmascara y se miente sobre la realidad. Juegos de palabras para incautos que son auténticas mentiras. Como eso de llamar “concertinas” (cosa que nadie sabe lo que es, y que según el diccionario se refiere a los acordeones...) a las vallas con cuchillas con las que se quiere impedir la entrada de inmigrantes... Muchas veces los poderosos ya que no pueden cambiar la realidad cambian el lenguaje para enmascarar la realidad o engañar sobre ella; y ello nos obliga a ser mucho más críticos con aquello que se nos dice.

5. Cara a la sociedad: participar y promover participación

Una de las pocas cosas buenas de esta situación de crisis es que nos ha hecho caer en la cuenta de que no se puede hacer dejación de nuestras responsabilidades ciudadanas, o circunscribirlas al ejercicio periódico del voto. Hemos caído en la cuenta de que ha habido una dimisión de responsabilidades de la sociedad, propiciada también por una crisis moral y de valores. No son sólo los analistas morales, sino los mismos analistas económicos o sociales quienes ponen de manifiesto que sin esa crisis moral y de valores de la sociedad la especulación o la corrupción no hubieran alcanzado la extensión y la intensidad de han alcanzado, ni la democracia se hubiera deteriorado tanto como lo ha hecho.

Escuchaba hace pocos días en una conferencia algo que me hizo pensar. Nos decía el conferenciante que no sólo hemos delegado en exceso el ejercicio de responsabilidades económicas o políticas, sino que hemos delegado pensamiento, hemos delegado el ejercicio de pensar, y vivimos de pensamiento ajeno. Si me permitís traducir eso a lenguaje espiritual: nos hemos hecho “mundanos”, porque hemos hecho nuestros con demasiada facilidad criterios mundanos, sin contrastarlos suficientemente con el evangelio o sin ver las consecuencias de dichos criterios en la vida de los pobres.

Es necesario, pues, que nosotros mismos y que la gente con la que convivimos y a la que queremos ayudar, recuperemos protagonismo social y pensamiento propio. Recuperemos espacio e iniciativa ciudadana ante los problemas que nos afectan a todos. Y en ese sentido, mi propuesta es que nos impliquemos nosotros mismos y animemos a otros a más participación en las plataformas y movimientos que actúan a favor de un mundo más justo y fraterno.

Tocamos aquí un tema que es un poco tabú en la vida religiosa, que es el tema de la política. Una cosa es que sea un tema delicado y otra cosa es que sea un tema tabú. Ciertamente es delicado porque en él intervienen muchos factores emocionales que pueden generar muchas dificultades, por ejemplo, en la vida comunitaria. Pero religiosos y religiosas no dejamos al hacer nuestros votos religiosos de ser ciudadanos o ciudadanas, y en su medida nos habremos de aplicar aquello que predicamos a los demás sobre el compromiso ciudadano o público.

Me gustaría hacer un par de aclaraciones por si ayudan a situarnos en este tema, que, reconozco de nuevo, es delicado y difícil.

La primera es la distinción entre lo político y lo público, que no son exactamente lo mismo. El trabajo en lo público se puede llevar a cabo de muchas maneras, y por muchas mediaciones, una de las cuales es la política, pero no es la única, hay muchas más. El trabajo asociativo, el trabajo de promoción cultural, el empoderamiento de colectivos vulnerables, el sumarnos a iniciativas en defensa del medio ambiente, etc... son actuaciones públicas, cívicas, que no son la estricta política... pero que ayudan a construir un mundo más justo. El secreto o el salto que a veces hemos de dar es pasar de lo individual a lo colectivo, sin despreciar ni dejar de lado la atención persona a persona.

La segunda aclaración es también algo muy obvio pero que igual es bueno explicitar. Hay muchas formas de acción política más allá de la militancia concreta en un partido político. La creación de opinión, el debate, la formulación de propuestas y sugerencias, la crítica... son también acción política, que va más allá del marco estrecho que a veces pueden suponer los partidos políticos y que, personalmente, creo que no tiene por qué ser incompatible con nuestra condición de religiosos o religiosas, aunque ni todos ni de la misma manera estemos llamados a esta forma de compromiso.

Dicho todo esto de otro modo: ayudar a la gente que sufre por el modelo económico y social que padecemos es también trabajar para que ese modelo cambie. Jesús no simplemente perdonó, sanó y liberó a personas individuales, sino que puso en cuestión y combatió el sistema político y religioso que generaba tanto sufrimiento. Y por eso lo mataron. A Jesús no lo mataron por sus milagros, sino por su denuncia y su acción contra un sistema que generaba el sufrimiento de su pueblo y deformaba radicalmente la imagen del Dios Padre. Cada uno y cada una de nosotros/as tenemos nuestro carisma, nuestra personalidad, nuestras posibilidades y se trata de discernir qué es lo que, honestamente, nos toca y podemos hacer. No se nos pide a cada uno ni hacerlo todo ni hacer aquello que no nos toca; pero sí que se nos pide no excluir ningún horizonte y ser honestos y generosos en nuestro compromiso.

“Dios se ha ocupado de su pueblo...” (Lucas 7, 16)

Es ésta una de las frases evangélicas que expresa con más fuerza la esperanza de un pueblo que sufre. El contexto de esa frase es bien dramático: el sufrimiento de una madre viuda que ha perdido a su hijo, y con él, al único apoyo de su vida... Pero en la presencia, las palabras y la acción de Jesús, los ciudadanos de Naím descubren que Dios no se desentiende de su pueblo.

Esa misma experiencia es la que muchos de nosotros hemos sentido cuando hemos compartido la vida y los sufrimientos de los pobres. No por lo que nosotros hacemos, (no seamos presuntuosos ni orgullosos...), sino por lo que descubrimos que Dios hace sorprendentemente, pero más frecuentemente de lo que parece desde fuera, en la vida de los pobres.

Lo expreso con el testimonio de un compañero, Benjamín González Buelta, que sabe mucho de ese convivir con los pobres:

“En la cultura popular encontramos una solidaridad que enfrenta las emergencias de cada jornada y que permite sobrevivir. Nadie sabe cómo circula la ayuda discreta que respeta la dignidad herida del que no consigue para la comida o la medicina. Aquí encontramos muchos rostros que han salvado su bondad y su ternura de los golpes recibidos. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas. Los golpes de la codicia o de la naturaleza arrasan con todo en unos minutos, pero desde las raíces brota la resistencia y la capacidad de recomenzar de nuevo. Por la mañana un ciclón arranca un cultivo. Por la tarde se puede empezar a preparar la siembra de nuevo”.

Y esa es la esperanza que recibimos de Dios, la que nos sostiene día a día, la que nos pone en movimiento. Quienes no conocen el mundo de los pobres piensan, equivocadamente, que es un lugar de desesperanza. No. De sufrimiento y dolor, sí y mucho; de desesperanza, no. Porque el Dios Padre de los pobres no lo permite. Quienes confunden esperanza con optimismo o con posibilidades de éxito quedan desconcertados, por su esperanza y por la nuestra. Cuando hablamos de esperanza, nos miran con la sonrisa despectiva de los satisfechos y de los autosuficientes, o con el cinismo de quienes se creen los dueños del mundo...

Pero nosotros sabemos y creemos que, como dice el Papa Francisco, *“La esperanza cristiana no es un fantasma y no engaña. Es una virtud teologal y, en definitiva, un regalo de Dios que so se puede reducir a un optimismo meramente humano. Dios no defrauda la esperanza ni puede traicionarse a si mismo. Dios es todo promesa”*

La promesa de Dios fundamenta una esperanza que es, a un tiempo, como dice José M^a Vigil “quehacer y espera”. Quehacer y espera en interacción mutua. Es un quehacer que espera, que no está condicionado al éxito y al resultado inmediato, que sabe que trabaja un futuro que posiblemente no verá; y es una espera laboriosa y no pasiva porque sabe que aunque la promesa y el tiempo es de Dios, Dios no lleva adelante sus proyectos sin la colaboración humana, y que en el colaborar con Dios, en el “ayudar a Dios” que decía Etty Hillesum, está la más plena realización humana.

Quienes hoy estamos aquí, y muchos y muchas más que comparten nuestra esperanza, nuestro quehacer y nuestra espera, escuchamos con fe, una vez, más la promesa de Dios: *“El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y alejará de la tierra entera el oprobio de su pueblo” (Isaías 25, 8)*. Esa es nuestra fuerza: que nadie nos la quite.

*Darío Mollá Llácer sj
Valencia, diciembre 2013*